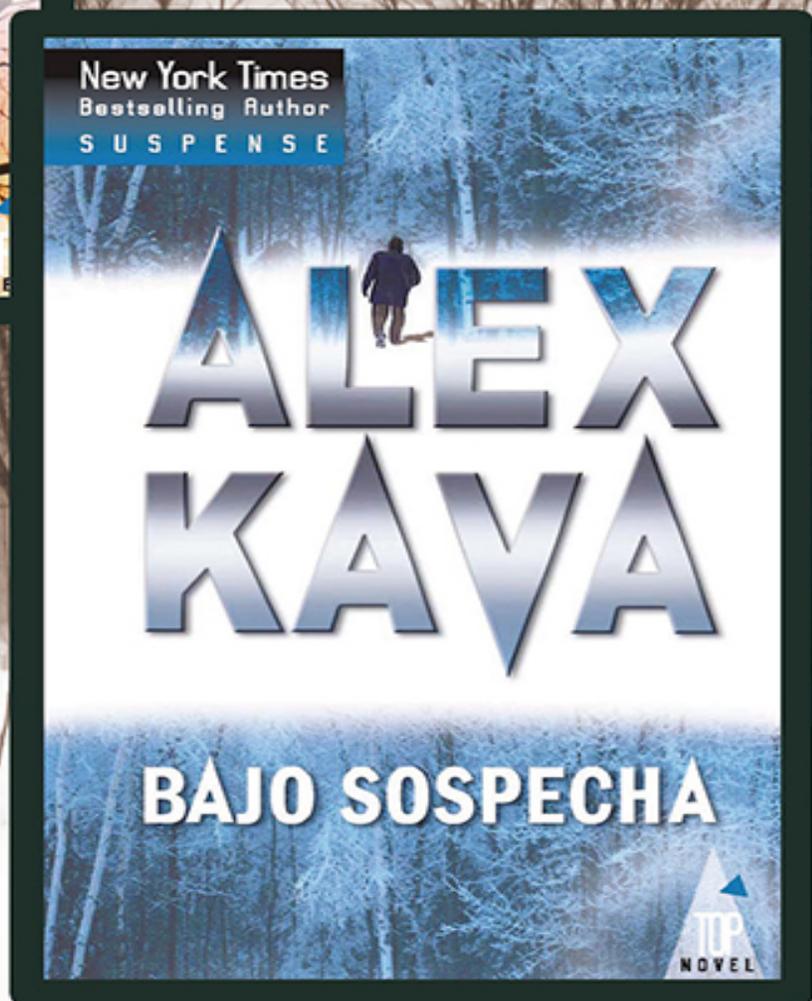
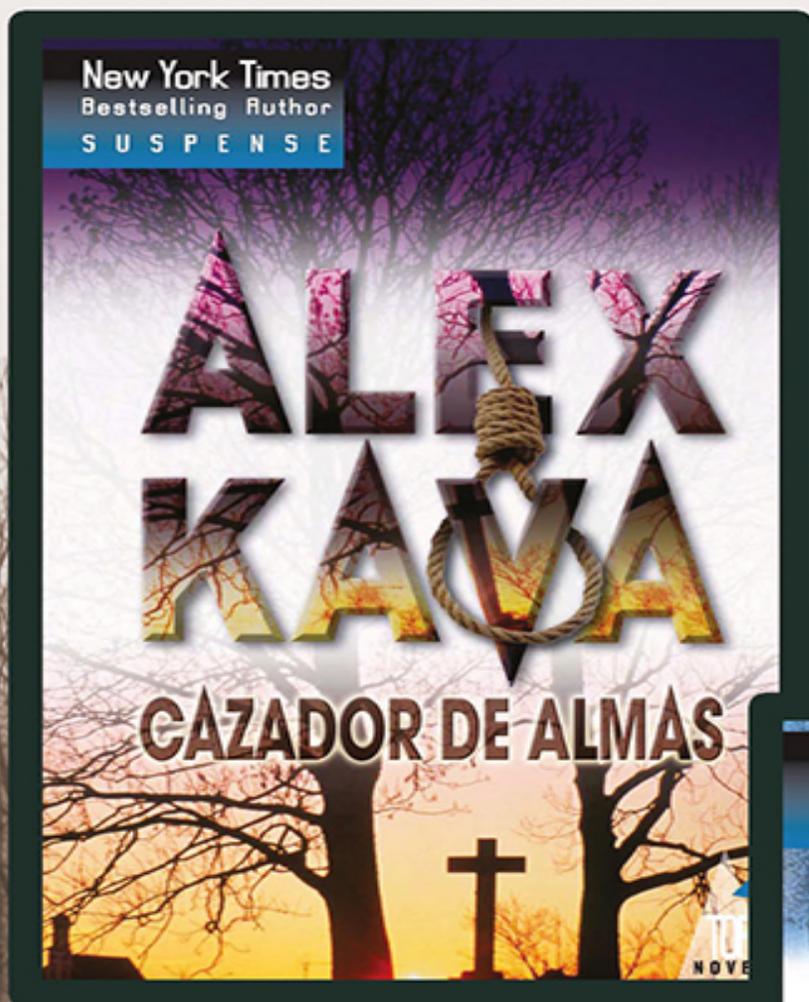


La autora

ALEX KAVA



ite sorprenderá!

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

E-pack Alex Kava, n.º 257 - junio 2021

I.S.B.N.: 978-84-1375-731-5

Índice

Créditos

Bajo sospecha

Dedicatoria

Nota del autor

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Epílogo

Promoción

Cazador de almas

Dedicatoria

Agradecimientos

Cita

1

2

3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

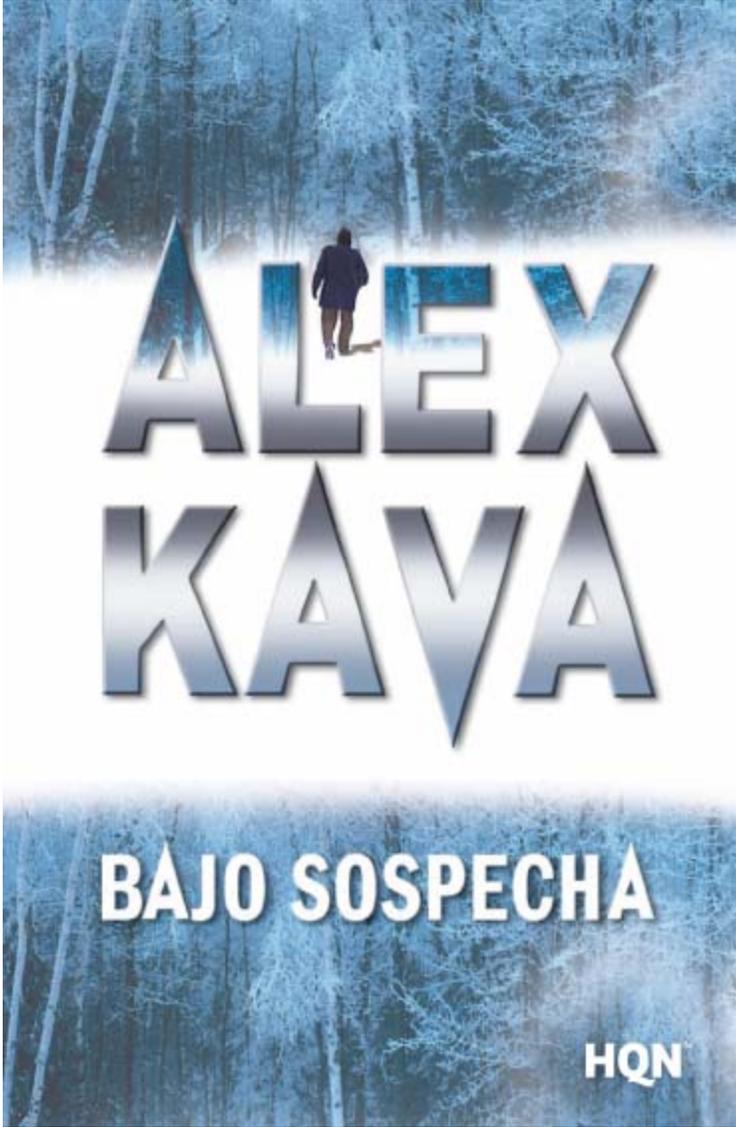
76

77

78

Epílogo

Promoción



**ALEX
KAVA**

BAJO SOSPECHA

HQN

A la memoria de mi querido Robert (Bob) Shoemaker (1922-1998) cuya bondad me sigue sirviendo de inspiración.

Nota del autor:

Esto es una obra de ficción; sin embargo, me gustaría dirigir todo mi apoyo a aquellos padres que hayan perdido a un hijo en cualquier acto irracional de violencia.



Prólogo

Prisión estatal de Nebraska

Lincoln, Nebraska

Miércoles, 17 de julio

-Perdóneme, padre, porque he pecado -la voz áspera y monótona de Ronald Jeffreys convertía la fórmula en un desplante más que en una confesión.

El padre Stephen Francis contemplaba, hipnotizado, las manos de Jeffreys: nudillos gruesos, dedos carnosos y uñas mordidas hasta la piel. Con los dedos retorció, no, estrangulaba, el faldón de su camisa azul de presidiario. El anciano sacerdote imaginó esos mismos dedos estrangulando al pequeño Bobby Wilson.

-¿Es así como se empieza?

La voz de Jeffreys sobresaltó al cura.

-Sí, sí -se apresuró a contestar. La Biblia de cuero se adhería a sus manos sudorosas, y el alzacuello lo apretaba

demasiado. No había aire suficiente en aquella antesala de los condenados a muerte; las paredes de cemento gris los enclaustraban, y el único orificio era un ventanuco que sólo dejaba ver un trozo de noche. El olor penetrante de los pimientos verdes y la cebolla le estaba revolviendo el estómago. El padre Francis lanzó una mirada a los restos de la última cena de Jeffrey, trocitos de pizza y gotas pegajosas de refresco; una mosca revoloteaba sobre las migas de un pastel de queso.

-¿Y ahora? -preguntó Jeffrey, a la espera de recibir instrucciones.

El padre Francis no podía pensar sintiendo la mirada penetrante de Jeffrey ni oyendo al gentío que se agolpaba a la entrada de la cárcel, en el aparcamiento. Los coros cobraban fuerza con la proximidad de la medianoche y los efectos del alcohol. Era una celebración estrepitosa, una excusa morbosa para organizar un botellón.

-¡A la silla, a la silla! -decían una y otra vez, como si fuera una nana o una tonada, melódica y contagiosa, nauseabunda y atemorizante. Jeffrey, sin embargo, parecía ajeno al sonido.

-No me acuerdo muy bien. ¿Qué viene ahora?

Sí, ¿qué venía ahora? El padre Francis tenía la mente en blanco. Hacía cincuenta años que escuchaba confesiones... y tenía la mente en blanco.

-Tus pecados -barbotó por fin-. Dime tus pecados.

En aquel momento, Jeffrey vaciló. Deshizo el dobladillo de la camisa y se enrolló el hilo en el dedo índice con tanta

fuerza que la yema enrojeció. El sacerdote lanzó una mirada larga y furtiva al preso que estaba encogido en la silla. No era el mismo hombre de las fotografías borrosas de los periódicos ni de las imágenes de la televisión. Con la cabeza y la barba rapadas, Jeffreys parecía vulnerable, demasiado joven para sus veintiséis años. Había engordado en los seis años que llevaba en el corredor de la muerte, pero conservaba un aire pueril. De pronto, al padre Francis lo entristeció pensar que aquel rostro aniñado jamás conocería las arrugas... Hasta que Jeffreys alzó la vista y lo taladró con sus ojos azules y gélidos como agujas de cristal, afilados, vacíos y transparentes. Sí, aquéllos eran los ojos del mal. El cura parpadeó y bajó la cabeza.

-Cuéntame tus pecados -repitió, molesto porque le temblara la voz. No podía respirar. ¿Acaso Jeffreys había absorbido todo el oxígeno de la habitación? Carraspeó-. Los pecados de los que estés arrepentido.

Jeffreys se lo quedó mirando. Después, sin previo aviso, profirió una sonora carcajada. El padre Francis se sobresaltó, y Jeffreys se rió con más ganas. Se aferró a la Biblia con dedos trémulos mientras observaba las manos de Jeffreys. ¿Por qué habría insistido en que le quitaran las esposas? Ni siquiera Dios podía rescatar a los necios. Gotas de sudor resbalaban por su espalda. Pensó en huir, en salir de allí antes de que Jeffreys comprendiera que un último asesinato le saldría por el mismo precio... Hasta que recordó que la puerta estaba cerrada por fuera.

La risa cesó con la misma brusquedad con la que había empezado. Se hizo el silencio.

-Es igual que los demás, padre -la acusación grave y gutural emergía de un lugar hondo y sin vida. Aun así, Jeffreys sonrió, dejando al descubierto dientes pequeños y afilados, salvo los incisivos, más largos-. Espera que confiese algo que no he hecho -con las manos hacía jirones el faldón de la camisa.

-No entiendo -el padre Francis se llevó los dedos al alzacuello para aflojárselo, desolado al descubrir que también le temblaban-. Tenía entendido que habías pedido ver a un sacerdote. Que querías confesarte.

-Sí... Sí, así es -de nuevo, la voz monótona. Jeffreys vaciló, pero sólo un momento-. Maté a Bobby Wilson -declaró con la misma calma con la que pediría un almuerzo-. Le puse las manos... los dedos en torno al cuello. Al principio, hizo un ruido ahogado, una especie de gorgoteo; después, ya no hizo ruido -hablaba en voz baja y contenida, casi aséptica: un discurso muy ensayado-. Pataleó un poco; una sacudida, nada más. Creo que sabía que iba a morir. No se resistió mucho, ni siquiera cuando lo estaba follando -se interrumpió, miró al padre Francis y sonrió al ver perplejidad en su rostro-. Esperé a que muriera para acuchillarlo. No sintió nada, así que lo rajé una y otra vez. Después, volví a follarlo -ladeó la cabeza, repentinamente distraído. ¿Habría oído por fin la algarabía?

El padre Francis esperó. ¿Sería el martilleo de su corazón lo que Jeffreys oía? Como en un relato de Poe, aporreaba el pecho del viejo cura, traicionándolo tanto como sus manos.

-Ya me confesé una vez -prosiguió Jeffreys-, cuando ocurrió, pero el cura... Digamos que se sorprendió un poco. Ahora me confieso a Dios, ¿entiende? Confieso que maté a Bobby Wilson -seguía rasgando la camisa con movimientos rápidos y enérgicos-. Pero no me cargué a los otros dos niños, ¿me oye? -elevó la voz-. No maté a los pequeños Harper ni Paltrow -calló un momento; después, torció despacio los labios a modo de sonrisa burlona-. Pero eso Dios ya lo sabe, ¿verdad, padre?

-Es cierto que Dios sabe la verdad -dijo el padre Francis, tratando de sostener la mirada de aquellos gélidos ojos azules, pero se arredró y bajó otra vez la cabeza. ¿Y si sus propios remordimientos se reflejaban en sus ojos?

-Quieren ejecutarme porque me tienen por un asesino en serie que mata a niños pequeños -masculló Jeffreys-. Maté a Bobby Wilson y disfruté haciéndolo; puede que hasta merezca morir por eso. Pero Dios sabe que no maté a esos otros dos niños. Ahí fuera, en alguna parte, padre, anda suelto un monstruo -otra mueca-. Y es aún más abominable que yo.

Se oyó un ruido metálico al final del pasillo. El padre Francis se sobresaltó y la Biblia se le cayó al suelo. En aquella ocasión, Jeffreys no se rió. Sostuvo la mirada del conde nado, pero ninguno de los dos hizo ademán de

recoger el libro sagrado. ¿Iban a llevarse a Jeffreys? Parecía demasiado pronto, aunque nadie esperaba un aplazamiento de la ejecución.

-¿Te arrepientes de tus pecados? -susurró el padre Francis, como si estuviera en el confesionario de Santa Margarita.

Se oían pisadas en el pasillo, cada vez más próximas. Había llegado la hora. Jeffreys permanecía petrificado, escuchando el repiqueteo de los tacones que se acercaban.

-¿Te arrepientes de tus pecados? -repitió el padre Francis con más insistencia, casi como una orden. Señor, le costaba respirar. Los coros del aparcamiento se filtraban por el ventanuco hermético, cada vez más fragorosos.

Jeffreys se puso en pie. Una vez más, sostuvo la mirada del padre Francis. Los cerrojos cedieron, resonaron en las paredes de cemento. Jeffreys se estremeció al oírlos, se dio cuenta y se irguió. ¿Estaría asustado? El padre Francis buscó la respuesta en sus ojos, pero no veía nada más allá del azul acerado.

-¿Te arrepientes de tus pecados? -intentó una vez más, ya que no podía darle la absolución sin una respuesta. La puerta se abrió, y unos guardias corpulentos bloquearon el umbral.

-Es la hora -dijo uno de ellos.

-Comienza el espectáculo, padre -Jeffreys hizo una mueca con los dientes apretados; los ojos azules eran penetrantes y claros, pero inexpresivos. Se volvió hacia los tres hombres uniformados y les ofreció las muñecas.

El padre Francis parpadeó cuando las esposas encajaron con un sonoro clic. Después, se quedó escuchando el repiqueteo de los tacones, acompañado por el patético ruido de cadenas, que se alejaban por el pasillo.

Una brisa de aire viciado se filtró por la puerta abierta, le refrescó la piel húmeda y pegajosa y le produjo un escalofrío. Con pequeños jadeos asmáticos, el padre Francis inspiró con avidez. Por fin, el fragor de su pecho se suavizó, dejando a su paso una fuerte opresión.

-Que Dios ayude a Ronald Jeffreys -susurró, sin dirigirse a nadie en particular.

Al menos, Jeffreys había dicho la verdad; no había matado a los tres niños. El padre Francis lo sabía, no porque Jeffreys se lo hubiera dicho sino porque, tres días antes, el monstruo sin rostro que había asesinado a Aaron Harper y a Eric Paltrow se lo había susurrado a través de la rejilla negra del confesionario de Santa Margarita. Y, como era secreto de confesión, no podía revelárselo a nadie.

Ni siquiera a Ronald Jeffreys.



1

A ocho kilómetros de Platte City, Nebraska
Viernes, 24 de octubre

Nick Morrelli habría preferido que la mujer que tenía debajo llevara menos maquillaje. Sabía que era absurdo. Escuchó sus suaves gemidos... ronroneos, a decir verdad. Como una gata, se frotaba contra él, deslizando los muslos sedosos por los costados de su torso masculino. Estaba más que preparada para él y, aun así, en lo único que Nick podía pensar era en la sombra azul de sus párpados. Incluso con las luces apagadas, permanecía grabada en su mente como pintura fosforescente.

-Cielo, qué fuerte estás... -le ronroneó al oído, arañándole brazos y espalda con sus largas uñas.

Se apartó de ella antes de que descubriera que no todo su cuerpo estaba «fuerte». ¿Qué le pasaba? Debía concentrarse. Le lamió el lóbulo de la oreja y le acarició el

cuello con la mejilla; después, bajó la cabeza hacia donde quería estar en realidad. Instintivamente, encontró uno de sus senos con la boca, y lo devoró con besos suaves y húmedos. Ella gimió antes incluso de que le acariciara el pezón con la punta de la lengua.

A Nick le encantaban los ruiditos que hacían las mujeres: los pequeños jadeos, los gemidos roncros. Aguardó a oírlos; después, envolvió el pezón con la lengua y se lo metió en la boca. Ella arqueó la espalda y se estremeció; él apretó su cuerpo contra el de ella para absorber el temblor y sentir la piel tersa y trémula. Normalmente, aquella reacción le bastaba para tener una erección. Aquella noche, nada.

Dios, ¿estaría perdiendo facultades? No, era demasiado joven para padecer ese problema, aún le quedaban cuatro años para cumplir los cuarenta.

¿Desde cuándo tomaba los cuarenta como referencia de edad?

-Aaaah, cariño, no pares...

Ni siquiera se había dado cuenta de que había parado. Ella gimió con impaciencia y empezó a elevar y bajar las caderas con un ritmo sensual. Sí, estaba más que preparada; él, en cambio, no. Por primera vez, deseó que las mujeres lo llamaran por su nombre en lugar de «cielo», «cariño», «campeón», o lo que fuera. ¿Acaso a ellas también las preocupaba equivocarse de nombre?

Ella hundió los dedos en su pelo corto y grueso y tiró con fuerza; el latigazo de dolor lo tomó por sorpresa. Después, le hizo bajar el rostro a sus senos.

¿Qué diablos le ocurría? Una hermosa rubia lo deseaba, ¿por qué no lo excitaban sus jadeos impacientes? Tenía que concentrarse. Todo le resultaba demasiado mecánico, demasiado rutinario. Aun así, volvería a compensarla usando los dedos y la lengua. A fin de cuentas, tenía una reputación que mantener.

Siguió acariciándola hacia abajo, comiéndosela a besos y lametazos. Ella se retorció; estaba estremeciéndose antes incluso de que él tirara de las braguitas de encaje con los dientes para dejar un rastro de besos en la cara interior de sus muslos. De pronto, un ruido lo detuvo. Aguzó el oído debajo de las sábanas.

-No, por favor, no pares -gimió, y volvió a apretarlo contra ella.

De nuevo, los golpes. Alguien estaba llamando a la puerta.

-Enseguida vuelvo -Nick le retiró las manos con suavidad y se levantó de la cama a trompicones, desenredando las sábanas. Se puso los vaqueros y lanzó una mirada al reloj de la mesilla de noche. Las 22:36 horas.

Incluso a oscuras, conocía todos los crujidos de la escalera de memoria. Se sorprendió avanzando de puntillas, aunque hacía más de cinco años que sus padres no dormían en la vieja granja.

Los golpes eran más fuertes e insistentes.

-¡Ya voy! -gritó con impaciencia, aún dando gracias por la interrupción.

Cuando abrió la puerta, reconoció al hijo de Hank Ashford, aunque no recordaba su nombre. El muchacho andaba por los dieciséis o diecisiete años, era defensa del equipo de fútbol americano del instituto y tenía la corpulencia necesaria para desplazar a dos o tres jugadores a la vez. Sin embargo, aquella noche, en el porche delantero de la casa de Nick, tenía los hombros encogidos, las manos en los bolsillos, la cara desencajada y pálida. Temblaba de frío a pesar del sudor que le empañaba la frente.

-Sheriff Morrelli, tiene que venir... En la carretera de la Vieja Iglesia... Por favor, tiene que...

-¿Ha habido un accidente? -sentía los picotazos del aire frío de la noche en la piel desnuda. Resultaba agradable.

-No, no es.... No está herido. Dios mío, sheriff, es horrible -el muchacho volvió la cabeza hacia su coche; fue entonces cuando Nick distinguió a la joven en el asiento delantero. A pesar del resplandor de los faros, vio que estaba llorando.

-¿Qué pasa? -inquirió Nick, pero el chico se limitó a cruzar los brazos y a balancearse sobre los pies, incapaz de hablar.

¿Qué estúpido juego se les habría ocurrido aquella vez? La semana anterior un grupo de chicos había estado jugando a las carreras con dos tractores de Jake Turner. El perdedor se había precipitado en una zanja llena de agua, dejando el morro incrustado bajo la superficie. Había

tenido suerte de escapar sólo con alguna costilla rota y el leve castigo de pasarse dos partidos en el banquillo.

-¿Qué diablos habéis hecho esta vez? -le gritó Nick.

-En la carretera de la Vieja Iglesia... Hemos encontrado... entre la hierba... Dios mío, hemos encontrado un... un cuerpo.

-¿Un cuerpo? -Nick no sabía si creer al chico-. ¿Quieres decir un cadáver? -¿estaría borracho?

El muchacho asintió, y los ojos se le llenaron de lágrimas; se pasó la manga de la sudadera por la cara y lanzó una mirada a su novia antes de volver a mirar a Nick.

-Espera un momento -le dijo. Soltó la puerta mosquitera y regresó al interior de la casa. Debían de haberlo imaginado, o quizá fuera una broma de Halloween un poco temprana. Se puso las botas, prescindiendo de los calcetines, y recogió la camisa del sofá, donde se la habían quitado hacía rato. Lo irritó ver que le temblaban los dedos mientras se abrochaba los botones.

-Nick, ¿qué pasa?

La voz de lo alto de la escalera lo sobresaltó. Se había olvidado de Angie. Recién salida de la cama, tenía la melena rubia alborotada. La sombra de ojos azul apenas se distinguía a aquella distancia, y la camiseta que se había puesto se le transparentaba a la suave luz del pasillo. En aquellos momentos, al mirarla, Nick no entendía por qué había sido un alivio separarse de ella.

-Tengo que salir, es urgente.

-¿Ha habido un accidente? -parecía más curiosa que preocupada. ¿Estaría interesada únicamente en el chisme, para poder contárselo a los clientes matutinos de la cafetería Wanda's?

-No, no es eso.

-¿Han encontrado al chico de los Alvarez?

Dios, a Nick ni siquiera se le había pasado por la cabeza. El niño había desaparecido el domingo pasado; lo habían raptado antes de que emprendiera su ruta de reparto de prensa.

-Lo dudo -le dijo. Hasta el FBI estaba convencido de que se lo había llevado su padre, a quien seguían tratando de localizar. No era más que una lucha por la custodia del pequeño. Y el problema de aquella noche no era más que unos adolescentes gastándose bromas entre sí-. Tardaré un rato, pero puedes quedarte, si quieres.

Nick recogió las llaves del Jeep y encontró a Ashford sentado en los peldaños del porche, con el rostro enterrado entre las manos.

-En marcha -le dijo, y tiró con suavidad de la sudadera del muchacho para ponerlo en pie-. ¿Por qué no venís conmigo en el Jeep?

Nada más sentarse en el vehículo, Nick lamentó no haber tardado un momento más y haberse puesto unos calzoncillos. La tela vaquera lo raspaba cada vez que cambiaba de marcha. Por si fuera poco, la carretera de la Vieja Iglesia estaba plagada de hoyos, recuerdo de las lluvias de la semana anterior. La grava salpicaba el

vehículo mientras él iba sorteando los baches más peliagudos.

-¿Se puede saber qué hacíais en este cenagal? -nada más decirlo, cayó en la cuenta. No le hacía falta tener diecisiete años para recordar las ventajas que ofrecía una vieja carretera abandonada-. No me lo digáis -añadió antes de que pudieran contestar-. Decidme solamente por dónde es.

-Todavía falta un kilómetro o kilómetro y medio. Nada más pasar el puente. Hay una cañada que va paralela al río.

Advirtió que Ashford había dejado de balbucir; quizá se le estuviera despejando la cabeza. La chica, en cambio, que estaba sentada entre Nick y su novio, no había dicho una palabra.

Nick redujo la velocidad cuando el Jeep cruzó traquetean do el puente de madera. Encontró la cañada incluso antes de que Ashford se la señalara, y avanzaron a trompicones y resbalones por el camino de tierra cenagosa.

-¿Hasta los árboles? -Nick lanzó una mirada a Ashford, que se limitó a asentir. Cuando se acercaron al recodo resguardado por los arces, la joven ocultó el rostro en la sudadera del muchacho.

Nick frenó, apagó el motor pero dejó encendidos los faros. Se inclinó hacia la guantera para sacar una linterna.

-Esa puerta se atranca -le dijo a Ashford, y vio cómo los dos se miraban a los ojos. Ninguno hizo ademán de apearse del Jeep.

-No dijiste que tendríamos que volver a verlo -le susurró la joven a Ashford mientras se aferraba a su brazo.

Nick dio un portazo, y el golpe reverberó en el silencio. No había nada en muchos kilómetros a la redonda, ni tráfico, ni luces de granjas; hasta los animales nocturnos parecían dormir. Permaneció junto al Jeep, esperando. El chico lo miró a los ojos, pero seguía sin hacer intención de bajarse del asiento. En lugar de insistir, Nick dirigió la linterna a la orilla del río. El haz de luz surcó la hierba alta y se reflejó en el agua; Ashford lo siguió con la mirada. Vaciló, volvió a mirar a Nick y asintió.

La hierba le rozaba las rodillas, camuflaba el lodo que absorbía sus botas. Dios, ¡qué oscuro estaba aquello! Hasta la luna anaranjada se ocultaba tras unas nubecillas. Oyó un crujido de hojas a su espalda; giró en redondo y alumbró los árboles. ¿Se había movido algo? ¿Allí, entre los arbustos? Le había parecido ver una sombra agazapada. ¿O no eran más que alucinaciones?

Nick escudriñó las ramas de los árboles; contuvo el aliento y aguzó el oído. Nada. Debía de haber sido el viento... salvo que no hacía ni una mota de aire. Sintió un escalofrío repentino, y lamentó no haberse puesto la chaqueta. Aquello era una locura; no iba a consentir que unos adolescentes le gastaran una broma pesada. Cuanto antes resolviera aquel asunto, antes podría regresar a su tibia cama.

A medida que se acercaba a la orilla, le costaba más trabajo chapotear en el barro, levantar las piernas y pisar

con cuidado para no resbalar. Las botas nuevas quedarían inservibles. Empezaba a notar la humedad en los pies. Sin calcetines, sin calzoncillos, sin chaqueta...

-Maldita sea -masculló-. Será mejor que merezca la pena -montaría en cólera si encontraba a un grupo de adolescentes jugando al escondite.

Vio un destello en el barro, junto al agua. Fijó la mirada en aquel punto y apretó el paso. Ya casi estaba allí, fuera de la hierba. De pronto, tropezó y se precipitó hacia delante, aunque pudo frenar la caída con los codos. La linterna salió volando y se hundió en el agua negra en una espiral de luz.

Nick se puso a cuatro patas en el fango. Detectó un olor rancio distinto al hedor del río. El objeto brillante estaba casi a su alcance, y vio que se trataba de una medalla en forma de cruz; tenía la cadena rota y los eslabones desperdigados sobre el barro.

Volvió la cabeza para ver con qué objeto sólido había tropezado. Esperaba ver un árbol caído pero, a menos de un metro de distancia, había un cuerpecito blanco acurrucado en el barro y en las hojas.

Nick se puso en pie a duras penas; tenía las rodillas de goma y el estómago revuelto. La pestilencia era más intensa, insoportable. Se acercó despacio al cuerpo, como si no quisiera despertar al niño, que parecía dormido a pesar de estar contemplando las estrellas con los ojos muy abiertos. Entonces, vio el cuello rajado y el pecho despedazado, con la piel cortada y levantada. Fue en ese

instante cuando tuvo la primera arcada y las rodillas dejaron de sostenerlo.

-Basta con que haya una manzana podrida... -dijo Christine Hamilton en voz baja, al tiempo que tecleaba las palabras. Después, pulsó la tecla de borrado y vio cómo desaparecían. Así no terminaría nunca el artículo. Se recostó en la silla para lanzar una mirada al reloj de pared, la única luz al final de aquel túnel de oscuridad. Ya casi eran las once de la noche. Gracias a Dios, Timmy estaba durmiendo en casa de un amigo.

El portero había vuelto a apagar la luz del pasillo; un recordatorio más de lo importante que era la sección de «Vida Actual» del periódico. Al final del pasillo en sombras, vio la rendija iluminada de la puerta de la redacción. Incluso a aquella distancia, oía el repiqueteo de los teletipos y el zumbido de los faxes. Al otro lado de aquella puerta, había media docena de periodistas y redactores despachando cafés y noticias de última hora, mientras que ella lidiaba con tartas de manzana.

Abrió una carpeta y hojeó las notas y recetas. Más de cien maneras de rebanar, trocear, exprimir y asar manzanas, y no podían traerle más al fresco. Quizá se le hubiera secado la inspiración tras las recetas de tomate de la semana anterior. Sabía que su título de periodismo estaba un poco oxidado, gracias a la obstinación de Bruce y su empeño en ser él quien llevara los pantalones en la

familia. Lástima que el muy capullo hubiera tenido tanta prisa por bajárselos.

Cerró la carpeta con violencia y la arrojó sobre el escritorio; vio cómo resbalaba y desperdigaba clips por el suelo resquebrajado de linóleo. ¿Hasta cuándo seguiría amargada? No, la pregunta era: ¿hasta cuándo le seguiría doliendo? ¿Por qué seguía con el corazón destrozado? A fin de cuentas, había pasado más de un año.

Se pasó los dedos por la gruesa mata de pelo rubio. Tenía que cortarse las puntas, e intentó calcular de cuánto tiempo disponía hasta que empezaran a oscurecerse las raíces. El tinte era un toque nuevo, un regalo de divorcio que se había hecho. Los resultados iniciales habían merecido la pena: que los hombres volvieran la cabeza a su paso era una experiencia nueva; ya sólo le faltaba organizar las visitas a la peluquería, como todo lo demás en su vida.

Hizo caso omiso de la prohibición de fumar en el edificio y extrajo un cigarrillo de la cajetilla que llevaba en el bolso. Se apresuró a encenderlo y dar una calada, a la espera de que la nicotina la serenara. Antes de exhalar, oyó un portazo. Aplastó el cigarrillo en un plato de postre rebosante de colillas manchadas de pintalabios, demasiadas para una persona que intentaba dejarlo. Tomó el plato y buscó un escondite mientras disipaba el humo con la mano. El pánico le hizo embutirlo en la papelera que tenía debajo de la mesa. La cerámica se hizo añicos al

estrellarse contra el metal justo cuando Pete Dunlap entraba en la habitación.

-Hamilton. Qué bien que te encuentre -se pasó la mano por su rostro curtido en un intento fútil de extinguir su agotamiento. Pete llevaba casi cincuenta años en el *Omaha Journal*, y había empezado de repartidor. A pesar de las canas, las bifocales y la artritis de las manos, era uno de los pocos que podía publicar el periódico él solo, ya que había trabajado en todos los departamentos.

-Estoy bloqueada -Christine sonrió, tratando de explicar por qué estaba trabajando a aquellas horas en la sección de «Vida Actual» del periódico. Se alegró de ver a Pete y no a Charles Schneider, el editor nocturno, que gobernaba el periódico como un nazi.

-Bailey está enfermo, Russell está terminando el escándalo sexual del congresista Neale, y acabo de enviar a Sánchez a cubrir un choque en cadena de tres vehículos en la autovía 50. Hay un poco de alboroto en la carretera de la Vieja Iglesia, en el condado de Sarpy. Ernie no ha sacado gran cosa en claro del aviso radiofónico, pero hay un ejército de coches patrulla en camino. Podrían ser otra vez esos estudiantes jugando con los tractores de sus padres. Sé que no formas parte del equipo de noticias, pero ¿te importaría ir a echar un vistazo?

Christine intentó contener su alegría. Ocultó su sonrisa volviéndose hacia el artículo a medio guisar de su pantalla. Por fin, la oportunidad de escribir una noticia de verdad, aunque fuera sobre unos estudiantes borrachos.

-Te cubriré las espaldas con Whitman en lo que sea que estés haciendo -dijo Pete, malinterpretando su vacilación.

-Está bien. Ya que me lo pides, iré a echar un vistazo - escogió las palabras con cuidado, para dejar claro que le estaba haciendo un favor. Aunque sólo llevaba un año en la plantilla, sabía que los periodistas ascendían más por favores pendientes que por talento.

-Vete por la interestatal, porque la A 50 estará atascada con el accidente. Toma la salida 372 y sigue por la A 66. La carretera de la Vieja Iglesia está a unos diez kilómetros de distancia.

Christine estuvo a punto de interrumpirlo. De adolescente, había ido a darse el lote a la carretera de la Vieja Iglesia en muchas ocasiones. Sin embargo, un desliz como aquél podría echar a perder todos sus esfuerzos por parecer más sofisticada. Así que, en cambio, anotó algunas indicaciones.

-Estate de vuelta antes de la una para que podamos insertar un par de párrafos en la edición matutina.

-Está bien -se echó el bolso al hombro e intentó no dar brincos mientras se alejaba por el pasillo.

Ya a salvo en el aparcamiento en sombras, Christine hizo una pirueta y gritó a la pared de cemento:

-¡Sí!

Aquella era su oportunidad para franquear la puerta de la redacción, para pasar de las recetas y las anécdotas caseras a las noticias de verdad. Fuese lo que fuese lo que estaba ocurriendo junto al río, pensaba contar hasta el

último detalle. Y, si no había ocurrido nada... seguro que una buena reportera sabía sacarse una noticia interesante de la manga.

Al empujar las ramas, la madera crujía y se quebraba en el sombrío silencio. ¿Lo estarían siguiendo? ¿Los tendría cerca? No se atrevía a mirar atrás. De pronto, resbaló en el barro, perdió el equilibrio y se deslizó hasta la orilla del río. Aterrizó de pie en la corriente, con el agua hasta la rodilla, y agitó brazos y piernas, presa del pánico, con chapoteos que resonaban como truenos. Cayó de rodillas y sumergió su cuerpo empapado en sudor, manteniendo la barbilla fuera del agua. La corriente arremetía contra él, lo sacudía, amenazaba con arrastrarlo al lugar del que acababa de escapar.

El agua fría cortaba las convulsiones. Con que pudiera respirar... Los jadeos le abrasaban el pecho y eran como puñaladas en el costado. «Respira», se ordenó mientras sus pulmones luchaban por tomar aire. Hipó y tragó agua del río, se atragantó y escupió.

Ya no veía los faros; debía de haberse alejado bastante. Aguzó el oído, tratando de oír más allá de sus propios jadeos.

No se oían pisadas de perseguidores, ni sabuesos ladrando, ni motores en marcha. El tipo de la linterna había estado a punto de descubrirlo... ¿Sería posible que no lo hubiera visto agazapado en la hierba? Sí, estaba seguro de que nadie lo había seguido.